Juan Gelman, los versos de madrugada

Juan Cruz

Me parece que era la primera vez que veía en persona a Juan Gelman; larguirucho, más alto aún que la sombra que proyectaba sobre la noche, llegó a casa y lo primero que hizo fue rasguear una guitarra que estaba en el suelo. Pidió sentarse, y lo hizo en el borde de una silla, como si ya se fuera.

Tenía como tiene los ojos casi siempre: acuosos, grandes, como los de Onetti, salidos de sus órbitas, y tristes. Sus manos eran las de un guitarrista o los de un pianista, pero también podían ser las de un panadero. Las siguió posando sobre la guitarra como si los dedos fueron poseídos por una nostalgia, la nostalgia de tocar: teclas, por ejemplo.

Nos servimos whisky, muchos whiskies; a nuestro alrededor, en aquella fiesta de cuando comenzaban los noventa de Madrid, aún vivíamos la urgencia de trasegar todo el alcohol posible para seguir buscando respuestas en la madrugada, para seguir arañando en la no-luz la luz que nos faltaba.

Él venía de un largo viaje y de una enorme tristeza; detrás estaban su exilio y su lamento; la metralla había hecho su trabajo concienzudo, hopócrita, patriótico, y en nombre de las hipocresías de la patria había hecho desaparecer a su hijo, había ocultado a su nuera hasta que ésta pariera, y luego había hecho el peor, el más cruel de los secuestros, había regalado a la nieta, posiblemente era una nieta, pero podía ser un nieto, podía ser ya

un nieto adolescente y grande, o una muchacha en la flor de la vida, ignorante de que un abuelo le estuviera esperando por ejemplo esa noche en mi casa, en la calle Núñez de Balboa, 123 de Madrid.

Con nosotros estaban Ángel González, el poeta, el cantante Pedro Ávila, una chica uruguaya, Cecilia Ceriani, traductora, que seguía las evoluciones de la noche como si estuviéramos haciendo entre todos una melodía nueva. Y estaba Dulce Chacón, buscando siempre entre los libros y en las miradas una canción que a ella le faltara.

La atmósfera no hubiera existido sin la guitarra y sin Pedro Ávila, y sin unos discos de Vinicius de Morais que de vez en cuando sonaban en el tocadiscos. Recuerdo A casa, la canción infantil que el brasileño cantaba con el italiano Sergio Endrigo, y cómo Juan movía la cabeza a un lado y al otro, como si la estiviera bailando, o la estuviera bailando con alguien cuyo nombre en ese momento desconocía.

Cuando la noche ya se hizo cerrada y abierta al mismo tiempo, Juan me señaló la máquina de escribir, y allí se fue con la guitarra que había traído Pedro Ávila, y nos pusimos los dos a improvisar una letra que él pudiera cantar; siempre pensé que se la quería cantar a Celicia, o a Dulce, o a Ángel, o a sí mismo, pero cuando han pasado los años, y en medio de los años tantas cosas, he vislumbrado otro destinatario, otra destinataria, otros destinatarios más secretos o más íntimos, o más ignotos, o más cercanos para aquellas palabras entrecortadas como toda su poesía.

Al final dejamos el poema inacabado, y él se fue a la estantería, a buscar o libros o consuelo, y la noche se fue diluyendo hasta que el amanecer la puso en el pasado. Al irse me dio su mano y luego un abrazo y luego su mano, como hacen los mexicanos para saludar o despedirse, y en sus ojos vi la larga nostalgia herida de un hombre al que la metralla había dejado solo.

Algunos años después me pidieron que le acompañara, en el Ateneo de Madrid, donde él iba a leer unos poemas, que luego resultaron ser los poemas en los que enviaba los abrazos del náufrago a su hijo muerto. Estaba triste, cómo no, vi temblar sus manos largas cuando descorría las líneas de sus versos, que había sacado del bolsillo del saco como quien obtiene unas llaves. El

público aplaudió, él miro hacia abajo, los aplausos no eran para él, decía, formaban parte de los versos que había dedicado.

Después apareció la nieta, que los militares habían otorgado en ilegítimo usufructo a padres que no lo fueron, y él recuperó la felicidad hasta entonces truncada del abuelo; pertenece a su corazón y a su memoria la identidad misteriosa del momento en que ese encuentro se produjo, pero los demás podemos suponer que por una vez se descorrió de su sonrisa herida el velo de su enorme melancolía, y Juan Gelmán sonrió y cantó y pulsó una guitarra propia como si estuviera escribiendo el poema de alegría que hasta entonces le habían impedido.

La comunidad que hasta entonces le apoyó –Saramago, Grass, Benedetti, Galeano– se alegró como él, escribieron telegramas felices, Benedetti me dijo: «lo he escuchado de lo más feliz», y a Galeano se le atragantó la alegría porque también era suya, y muy íntima.

Ahora que le dieron el Cervantes, y él expresó contento desde México, lo imaginé otra vez volviendo a mi casa, después de la medianoche, empuñando la guitarra, acaso con más fuerza que entonces, y escribiendo un poema hasta el final.

La fuerza regresa cuando regresa la alegría, y aunque un hombre así nunca estará alegre por entero, seguro que ha sido la casualidad de la justicia la que le ha ido procurando, con el paso del tiempo, esta felicidad chiquita de verse reconocido, enfrente de los que le quisieron ver muerto, sepultado por la misma bota que le desposeyó de lo que más quería.

Acaso en ese falaz secuestro que le hizo la peor historia está la base de su poesía, pero él hubiera preferido no escribir ni una línea, no ganar ningún premio, tener tan solo el premio de existir cantando una canción de cuna, eternamente ©